POLÍTICA

La reforma, vista desde dentro

El papel del Rey en la transición a la democracia

El piloto del cambio. El Rey, la Monarquía y la transición a la democracia

Charles T. Powell. Planeta, Barcleona, 1991. 326 páginas. 2.300 pesetas. Premio Espejo de España 1991.

JAVIER PRADERA

Autor de una excelente tesis doctoral sobre el paso del autoritarismo a la monarquía parlamentaria (*Reform versus "Ruptura" in Spain's transition to democracy*) leída en Orford en 1989, Charles S. Powell ha enriquecido y reordenado su investigación para describir el paisaje de esos años decisivos tomando al Rey como punto de referencia. En un concurso de metáforas ingeniosas sobre la transición española, Areilza hubiese recibido algún premio por su imagen automovilística de don Juan Carlos como *motor del cambio*. Ahora, Powell entra en la competición con una parábola marinera: el *piloto del cambio*. Sin embargo, la lectura de su recomendable libro, un recorrido a la vez rápido y escrupuloso por los vericuetos de esa travesía, suministra más bien argumentos a favor de una analogía castrense. Porque el relato confirma que el Rey fue sobre todo el *escudo del cambio* frente a las resistencias de los altos mandos militares, escoltados por compañeros de viaje civiles, para impedir el desmantelamiento del franquismo. La decisiva intervención de don Juan Carlos durante la noche del 23-F no fue sino la espectacular culminación de una línea de conducta adoptada desde el comienzo mismo de la transición.

Micropolítica

El centro de interés elegido —la figura del Rey— justifica que Powell estudie la transición desde dentro y atribuya el protagonismo del drama al grupo de actores que empezó a maquinar la reforma en las postrimerías del franquismo y la puso en marcha tras su desaparición. Un riesgo de ese enfoque micropolítico es la tendencia psicologista a explicar la transición exclusivamente por las motivaciones y los propósitos del puñado de personas que mudaron la piel de sus viejas lealtades autoritarias por nuevas fidelidades democráticas durante la década de los setenta.

EFE

El rey Juan Carlos, durante el mensaje dirigido a la nación en la madrugada del 24 de febrero de 1981, tras el intento de golpe de estado.

Porque las deslumbradoras luces proyectadas sobre el papel *interior* desempeñado por la élite franquista que dirigió desde arriba la reforma provoca el relativo desvanecimiento del trasfondo macropolítico capaz de dar cuenta de las influencias *exteriores* (desde la situación internacional hasta las presiones de la oposición desde la calle) para transformar los antiguos propósitos y motivaciones de esos profesionales del poder y orientarlos hacia las libertades. ¿Por qué los reformistas asumieron el compromiso, lleno de peligros para su propio futuro, de liquidar el sistema franquista, matriz de la escala de valores, los conceptos y los símbolos de su socialización política? ¿Cómo lograron conciliar el cálculo interesado y el desprendimiento generoso, la mala conciencia del pasado y la justificación de sus biografías, el afán de conservar el poder en la democracia y la disposición a correr el riesgo de perderlo en unas elecciones libres?

Esta investigación pone incluso en duda que Suárez, situado a la derecha de Fraga en el primer Gobierno de la Monarquía presidido por Arias, se hallase sinceramente decidido, durante los primeros meses de 1976, a caminar hacia un auténtico sistema democrático y convocar elecciones a Cortes Constituyentes. La versión de Powell del célebre *haraquiri* de las Cortes orgánicas del franquismo, casi unánimes a la hora de aprobar la Ley para la Reforma Política que significaba su muerte institucional, resulta muy diferente de las benevolentes descripciones historiográficas que definen como *héroes de la retirada* (para emplear la brillante imagen de Hans Magnus Enzensberger) a los procuradores franquistas. Porque los reformistas de Suárez utilizaron las amenazas, los sobornos y los engaños ("menos acostarnos con ellos, hicimos de todo", recuerda Martín Villa) y recurrieron a los temidos servicios de espionaje del teniente coronel Casinello para conquistar el apoyo, por las malas o por las buenas, del *bunker* franquista.

Tres legitimidades

Pese a los dudosos resultados del método, también los razonamientos contrafácticos rebajan la euforia de aquellas interpretaciones que atribuyen a la generosidad y al talento de los reformistas el milagroso regalo de la recuperación de las libertades por los españoles, condenados de otra forma a permanecer indefinidamente sometidos a la dictadura. Sin embargo, la oleada de transiciones a la democracia en Europa del Sur, América Latina y Europa central durante los últimos tres lustros quita plausibilidad a la hipótesis de que la imaginativa operación de ingeniería política ideada por Fernández Miranda, ejecutada por Suárez y amparada por el Rey fuese la única salida posible al autoritarismo.

La discusión puede versar sobre los mayores costes y menores beneficios de cualquier otra alternativa; pero parece razonable suponer que la transición española a la democracia se hubiese producido en cualquier caso.

La decisiva contribución del Rey a la reforma ha dejado huellas claras y reconocibles en nuestra historia institucional. Más difícil resulta, en cambio, la reconstrucción del itinerario personal de don Juan Carlos, educado en los valores tradicionales y castrenses del autoritarismo franquista, hacia las libertades y el pluralismo. El relato de las tribulaciones del futuro rey en la corte de los milagros de El Pardo resulta en ocasiones patético. También son interesantes los análisis de Powell sobre las ambivalentes relaciones con Franco del conde de Barcelona, cuyos zigzagueos y vacilaciones desmienten la leyenda del insobornable demócrata en el exilio construida por sus hagiógrafos.

Motor, piloto o escudo del cambio, don Juan Carlos tuvo que enfrentarse, en el momento de su coronación, con un problema tan difícil de resolver como los dilemas que abrumaban al barquero del cuento a la hora de cruzar el río en compañía de corderos y de lobos. El objetivo del Rey era la conquista de la *legitimidad democrática*, una meta sólo alcanzable mediante elecciones libres, y la obtención de la *legitimidad dinástica*, para lo que era indispensable la renuncia del conde de Barcelona, sin romper antes con la *legitimidad jurídica* recibida como sucesor legal de Franco. Aunque ahora sabemos que ese laberinto tenía salida, no era tan fácil predecirlo.

Powell narra con buen ritmo ese itinerario azaroso, amenazado a la vez por la violencia terrorista y las intentonas golpistas. La obra presta especial atención al debate parlamentario sobre el título II de la Constitución (De la Corona), que brindó a los socialistas la oportunidad de escenificar en 1978 su última representación testimonial de republicanismo. Aunque la polémica sobre la fecha del cierre de la transición continúe abierta, Powell elige como estación terminal, para la consolidación de la forma política del Estado que sustituyó a la *Monarquía católica, social y representativa* del franquismo, la victoria electoral del PSOE: "Por fin, cuatro años después de la aprobación de la Constitución, al Rey le sería permitido comportarse como lo que siempre había deseado ser: el Monarca de una Monarquía parlamentaria". No deja de resultar paradójico, entonces, que fuese necesaria la llegada al Gobierno en 1982 de los socialistas, partidarios en 1975 de la *ruptura*, para cumplir los objetivos de los promotores de la *reforma*.